

(Viene de la página 33)

más altos que tienen que pagar por los artículos que adquieren—.

Las tablas que intentan demostrar que la propiedad en Estados Unidos es más «democrática» que nunca y que se ha llegado al establecimiento de un «capitalismo popular» son todavía más fantásticas, como demuestra Lundberg en su nuevo libro. Como observó John D. Rockefeller, cuando su compañía, la Standard Oil, hubo de enfrentarse con las leyes antimonopolio, lo importante no es ser dueño de una propiedad, sino controlar su disposición..., no ser dueño de un huerto y tener que pagar los impuestos debidos, sino comer su fruta.

## Economía antidemocrática

La cosecha de los herederos de Rockefeller, de los Ford, los Mellon, los Du Pont y mi amigo George, con su perfume para hombres que, según la publicidad, atrae como ninguno a la mujer, es más rica que en precedentes generaciones. Y no la disminuye el hecho de que el nuevo Cadillac que le lleva a George a su oficina puede estar a nombre de la compañía que él preside y que pasa sus vacaciones en las posesiones familiares, por las que tampoco paga impuestos. George siempre ha sabido apreciar el humor de este tipo de situación. No le sorprendería demasiado que, en cualquier momento, una mayoría de accionistas se rebelase contra este estado de cosas, le arrebatasen el chófer, decidiesen bañarse en su piscina y le echasen de su oficina, donde guarda sus trofeos de golf. Pocos saben dónde tiene su despacho; son menos aún los que han asistido alguna vez a las reuniones que allí han tenido lugar. Pero aunque llegasen por millares a protestar, por razones puramente morales, contra la fabricación de un desodorante masculino tan potente que su olor subyuga a la más independiente de las hembras, George podría utilizar un voto decisivo para dar al traste con sus pretensiones. Esta es la democracia de la economía norteamericana.

En el terreno político, la democracia es también folklore en gran medida, según Lundberg, porque el estado es sólo el comité ejecutivo de la clase gobernante. El lector más agudo protestará en el sentido de que esta cita es más bien de Marx que de Lundberg... y, en efecto, lo es, como el propio Lundberg sería el primero en reconocer. Como quiera que Lundberg ha confirmado que la economía estadounidense no ha dejado de evolucionar hacia una cada vez mayor concentración monopolística, algunos se verán tentados a clasificarle como neo-marxista.



Al Capone,  
una fortuna perecedera.

## LA RIQUEZA EN AMERICA

Ese no es el caso, sin embargo. Lundberg niega que exista cualquier posibilidad de revolución proletaria..., el proletariado, para él, está perdiendo fuerza como clase.

## Millonarios y candidatos

Lundberg tampoco cree que pueda revocarse el poder de la clase gobernante mediante una elección. Demuestra que los candidatos a los puestos gubernamentales han de ser muy ricos, como Nelson Rockefeller o los Kennedy, o tienen que depender casi exclusivamente de las contribuciones privadas a la campaña; el noventa y cinco por ciento de estas contribuciones procede de los superricos, si es que quieren conseguir algo. Señala que las leyes existentes que prohíben que las corporaciones financien las campañas de los políticos, pueden eludirse perfectamente, como se eluden las leyes tributarias. Un gran número de ejecutivos de la misma corporación puede contribuir con donativos aislados. Un individuo rico puede hacer cuantas contribuciones crea convenientes a los candidatos del mismo partido. Puede incluso entregar varios donativos al mismo candidato si se organizan a favor de éste comités independientes, un comité de «veteranos de guerra», otro de «tributarios», etcétera. Sin gastar mucho dinero o sin recibir el apoyo de los periódicos que controlan los ricos, un candidato no puede siquiera dar a conocer su postura. Después de ser elegidos, la mayoría de los políticos estadounidenses votan, naturalmente, leyes útiles a todos aquellos que les ayudaron con sus fondos. Lundberg cita la ley sobre impuestos como la más diáfana prueba del tipo de intereses que apoyan los políticos americanos. Un hombre con unos ingresos de cuatro mil dólares, por ejemplo, puede obtener una exención tributaria por su mujer de unos cien dólares.

Un hombre con unos ingresos de cuatro millones de dólares puede dividir en dos su propiedad y así ahorrar casi un millón. En las actuales circunstancias, el matrimonio es un alivio para los ricos... y una carga para los pobres, a menos que trabajen el hombre y la mujer. Sin embargo, los políticos tienen más electores que ganan cuatro mil dólares que cuatro millones. La conclusión obligada es que la democracia así es una ilusión.

## Los "managers", perros guardianes

Aun cuando Lundberg simpatiza claramente con las tradiciones liberales del siglo XIX, está claro que nada espera ya de esa dirección. El liberalismo dependía de la hipótesis de que cada consumidor y cada votante sería capaz de reconocer su propio interés, que sería inteligentemente egoísta. Lundberg cree, por el contrario, que la oligarquía que controla los Estados Unidos ejerce su poder sin ningún método abierto de coerción, sino simplemente manipulando los deseos y temores de la mayoría, que se mueven en las direcciones que se les han trazado de antemano. A la gente, dice Lundberg, se la «engaña con los medios de comunicación de masas...», pero está en la esencia de la política el no ser engañado. Ser engañado en política equivale a ser conquistado. La mayoría de los americanos no poseen más que unos cuantos chismes comprados a plazos, pero ceden, casi sin excepción, ante la capacidad persuasiva de la publicidad y contraen nuevas deudas, en un interminable «proceso sadomasoquista». En esto les ayuda la religión, cuyo último baluarte son precisamente los Estados Unidos. «Aquellos que creen sinceramente que están protegidos de manera sobrenatural no parece que estimen necesario el confiar en su propio talento».

¿Qué pasa con los «managers», que, según los tecnócratas, ejercen un poder cada vez mayor? Lundberg opina que no son más que técnicos capacitados contratados para guardar la propiedad de la plutocracia, y que ésta puede deshacerse de ellos en cualquier momento. Cita un caso en el que los directores técnicos, con ayuda de una mayoría de pequeños accionistas, trataron de rebelarse contra los herederos legales de la compañía. Como éstos controlaban los votos, consiguieron aplastar la revuelta. Creo que mi amigo George no tiene por qué preocuparse. El día de la Bastilla puede llegar, eventualmente, a Estados Unidos... pero no será mañana. Quizá debería haberme casado con la hermana de George..., pero ese desodorante no existía entonces. ■ T. B.

NUSCH

